

# ENCUENTROS FUGACES

*ERIC LAVÍN*

*A Ray Bradbury...*

Aquella calurosa tarde de otoño se vislumbraba bastante despejada y, aunque parezca extraño en nuestros días, la densidad de partículas en suspensión era increíblemente bajo. Ello permitía, casi sin obstáculo alguno, apreciar la majestuosidad de los imponentes macizos cordilleranos con el pleno e inolvidable esplendor habitual para nuestros antepasados.

Mucha gente transitaba, con la prisa acostumbrada en días hábiles, emulando laboriosos e inquietos insectos en rutinaria y frenética faena dentro de los límites de su colmena y, al mismo tiempo, dándole vida a la populosa metrópolis.

—¿Qué tal, Greg? —preguntó un individuo gris y desconocido mientras bajaba, hacia los andenes subterráneos del concurrido tren metropolitano, utilizando una escala mecánica dispuesta en forma paralela a la utilizada por Greg para emerger en medio del principal paseo peatonal de la ciudad.

Como eventual respuesta, dado lo imprevisto del breve encuentro y lo inadecuado del sitio de contacto, Greg se limitó a esbozar una cordial y sincera sonrisa. Sin duda, no hubo tiempo para algo más, como a menudo ocurre cuando vislumbramos alguna persona conocida dentro del cotidiano ajeteo de la gran urbe capitalina. No obstante, después de observar la esperada reacción de Greg, canalizada en tan breve y cortés gesto, el individuo desconocido prosiguió con su inevitable inercia, pero con la pequeña satisfacción de saludar a un antiguo amigo de juventud. En cambio, con la mirada baja y sin cuestionarse respecto a la identidad de aquel sujeto, Greg continuó con su cansino y casi distraído caminar.

Algunos metros más adelante y unos quince o veinte segundos más tarde, Eugenio se preparaba para un inminente encuentro con Marcelo, un antiguo compañero de trabajo en los pretéritos tiempos de la última y angustiosa recesión económica.

—¡Marcelo! —exclamó Eugenio con espontáneo y no menos vistoso ademán.

Dado lo efusivo de su coloquial proceder, Marcelo levantó la vista y respondió al saludo, tal como las buenas costumbres siempre lo indican y sugieren.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —preguntó Marcelo, quizás algo desconcertado por aquel imprevisto encuentro.

—¿Me recuerdas? —inquirió Eugenio, al notar la inquisitiva reacción de Marcelo—. ¡Soy Eugenio! —indicó en seguida, con histriónico ademán digno de un antiguo y obsoleto político en busca de votos para su dudosa causa.

—Por supuesto, Eugenio —respondió Marcelo, cambiando repentinamente la expresión casi neutra en su rostro por una algo más afable—. ¿Cómo crees que podría, así de pronto, olvidarte? —suavizó a continuación.

Acto seguido, después que ambos estrecharon sus diestras manos, Eugenio propinó un fuerte abrazo a su amigo y colega. Sin duda, como resultó evidente casi desde un principio, fueron muchos los años transcurridos, quizás demasiados para no recordarlos, sin mantener un mínimo contacto entre ambos.

—¡Vamos! —agregó Eugenio, con voz sugerente—. Te invito un café..., donde tú ya sabes.

—Bueno, acepto —asintió Marcelo y ambos, después de charlar respecto algunas trivialidades e instancias no demasiado relevantes del diario acontecer, dirigieron sus pasos hacia un conocido Café situado a tan sólo una media cuadra de distancia.

Después de atisbar hacia el interior del pequeño local y cerciorarse de la existencia del suficiente espacio vital disponible dentro del usualmente concurrido establecimiento, Eugenio efectuó un claro gesto de cortesía para indicar a su amigo que ingresara en primer lugar.

—Dos capuchinos —solicitó Eugenio, dirigiéndose al cajero que, con la rapidez y displicencia acostumbrada, entregó los comprobantes respectivos.

—Como bien puedes ver —comentó Eugenio—, aún no olvido tus gustos... ¿No han cambiado, cierto?

—Realmente —asintió Marcelo, efectuando una breve pausa—, tu excelente memoria nunca dejó de sorprenderme, en especial, en lo referente a situaciones de índole doméstica en las que casi nadie se fija.

Como eventual respuesta, Eugenio emitió una sonora carcajada que, sin lugar a dudas, incomodó a más de algún apático parroquiano ahí presente. No obstante, como muchos de los asistentes deseaban mantenerse ocultos tras el manto del anonimato en sitios demasiado concurridos, nadie manifestó su molestia en forma evidente y directa.

—Ubiquémonos aquí —indicó Eugenio, siempre tomando la iniciativa—, frente a la máquina.

—Por supuesto, como tú prefieras —asintió Marcelo con prontitud—. Este es el mejor sitio para conversar y observar...

Una vez más, como siempre fue su costumbre, Eugenio se permitió llevar los hilos de la conversación y, en los breves cinco o diez minutos que suele durar un café, preguntas y respuestas fluyeron en uno u otro sentido.

Acto seguido, luego de regresar hasta el efervescente bullicio urbano y estrecharse las manos por segunda y última vez, cada uno resolvió proseguir con su interrumpida rutina de minutos previos.

A muy pocos pasos de ahí, antes que alguien demasiado intuitivo aún lo sospechara, ocurrió un nuevo encuentro de los miles que a diario ocurren hasta en los sitios más recónditos y apartados.

—¡Bárbara! —exclamó Carolina, olvidando cualquier atisbo de posible recato antes siempre manifestado por ella cuando se desplazaba a través de una vía pública—. ¡Tanto tiempo sin noticias tuyas!

—Hola —respondió Bárbara con prontitud—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, bastante bien —contestó Carolina mientras Bárbara agudizó al máximo su empático sentido de la percepción en busca de algunos detalles—. ¿Y a ti? ¿Cómo te ha tratado la vida?

—No puedo quejarme —respondió Bárbara con sinceridad—, en este último tiempo todo me ha salido bien aunque...

De pronto Bárbara se interrumpió.

—¿Qué sucede?

—No, nada, sólo algo repentino que ya se esfumó —explicó Bárbara.

Sin duda alguna, Bárbara tenía razón. Todo en su vida cambió de perspectiva desde aquel preciso instante en que fue víctima de aquel extraño e inexplicable desvanecimiento. Un cambio radical que se reflejó en todos los aspectos del diario vivir y en su interacción con el resto de sus semejantes.

—Estoy casi segura que no creerás lo que digo —se sinceró Carolina, acercándose hacia Bárbara—, pero sólo hace un par de minutos estaba pensando en ti y en la última vez que nos juntamos a conversar... ¿Me crees?

—Por supuesto —respondió Bárbara al mismo instante de esbozar una tenue sonrisa—, y me halagas con tu sinceridad.

—¿Sabes? —preguntó Carolina en seguida, cambiando de tema.

—¿Qué? —inquirió Bárbara.

—Parece que el tiempo no ha dejado huellas en ti —agregó Carolina a continuación—. ¿Qué procedimientos utilizas para mantenerte en tan buen estado? ¡Te ves igual que siempre!

—Cuestión de suerte... Supongo —indicó Bárbara—, pero no estoy muy segura en realidad, quizás sólo sea el efecto de una dieta equilibrada y una vida tranquila.

—Es posible —asintió Carolina, algo dubitativa. En seguida preguntó—: ¿Qué te parece si hacemos algo diferente para recordar esta ocasión?

—Estoy de acuerdo —asintió Bárbara—. ¿Qué tienes en mente?

—Veamos... —agregó Carolina, sin perder un instante, mientras procedía a observar con ojo crítico los diferentes locales comerciales ubicados en las cercanías—, déjame pensar en algo.

Cerca de una hora más tarde, luego de compartir algún exquisito refrigerio liviano en calorías en un local situado muy cerca de la *Plaza de Armas*, ambas amigas concluyeron su animada plática para despedirse, hasta una ocasión futura, y continuar con su habitual rutina diaria.

Minutos más tarde, con evasiva y neutra mirada, alejándose de la poca gente que circulaba en las cercanías, Bárbara se dirigió hacia el barrio residencial ubicado junto al costado sur del *Parque Forestal*.

«Espero no encontrar más gente conocida —pensó la joven mientras caminaba con lentitud hacia su hogar—. Al principio fue una experiencia entretenida e intrigante, pero tras cada nuevo día..., todo esto se va transformando en un atosigador e interminable fastidio.»

Sin embargo, cuando alzó la vista para observar el flujo de vehículos por la calle adjunta, un individuo la saludó desde el interior de un oscuro vehículo de alquiler. Ante tal hecho, Bárbara respondió con una protocolar sonrisa.

\* \* \* \* \*

Unos tres meses antes, en la misma ciudad y poco antes de llegar a su hogar, Roberto sufrió un extraño desvanecimiento. Al principio, aunque nunca antes le ocurrió o experimentó alguna situación similar, resolvió no asignarle demasiada importancia al incidente y lo atribuyó, en personal diagnóstico pues siempre manifestó una peculiar alergia hacia los médicos, a una simple fatiga después de un par de semanas de ardua actividad laboral, junto a una mínima ingestión de alimentos. No obstante, una extraña sensación lo invadió para permanecer durante el resto de aquella tarde. Una sensación opresiva que lo mantuvo en permanente tensión.

Al llegar la noche, cuando aquella intangible sensación disminuyó hasta casi disiparse por completo, logró conciliar el sueño después de innumerables intentos y la ayuda de una píldora apropiada para casos de insomnio. No obstante, muy temprano en la madrugada, sintió el rostro acalorado y acompañado de una frenética picazón. Además, como si lo anterior no fuese suficiente, sintió un fuerte e intermitente dolor de cabeza junto a un indescriptible malestar estomacal que no hizo más que agregar una incertidumbre adicional para su precario e incierto estado de salud. También estaba desorientado.

En aquel conflictivo instante, Roberto aún ignoraba que todos sus imprevistos malestares sólo constituían el corto período de transición y necesario preámbulo para una nueva etapa en su vida. Una etapa que sólo el tiempo transcurrido y el temple de Roberto, permitirían su manifestación en forma plena y eficaz.

Al día siguiente, después de estirar y contraer todos sus fatigados músculos con el único fin de despabilarse por completo antes de levantarse e ingresar a la ducha, sólo permanecía la sensación y el ambiguo recuerdo de una segunda noche casi sin dormir. No obstante, después de levantarse, ducharse y asimilar un liviano desayuno, quizá demasiado liviano, Roberto resolvió casi con resignación efectuarse un completo chequeo médico como útil y apropiada medida preventiva.

Sin duda alguna, de acuerdo a las actuales e injustas políticas libremercadistas implantadas en el ámbito de la salud, el chequeo fue tan completo como su relativa disponibilidad económica se lo permitió. Después de tal trámite, con los antecedentes legalmente necesarios en sus manos para justificar su breve ausencia en el trabajo durante aquella mañana, se dirigió hacia su fuente de actividad laboral. Desde ahí, el resto del día transcurrió en forma relativamente normal.

Al promediar el siguiente día, comenzaron a producirse extrañas e inciertas situaciones en las que Roberto se convirtió en el centro mismo de cada incidental conflicto. No digamos que se esforzaba para ello, pero en casi todo instante Roberto siempre hacía lo justo y necesario para pasar inadvertido frente a

los demás. Esta era quizá la razón por la que aún no encontraba a su media naranja.

Durante la acostumbrada y rutinaria salida para almorzar, cumplida su media jornada inicial de trabajo, recibió varios —quizá demasiados— saludos equivocados. No obstante, pese a la firme reacción de su parte, sus interlocutores parecían muchas veces no creerle cuando él se disculpaba haciéndoles ver, quizás en ilusa e inútil esperanza, la equivocación que ellos cometían al confundirlo con algún particular conocido.

Mucho más tarde, durante el regreso a casa, algo más temprano que lo habitual y con la confusión de los hechos precedentes aún enquistados en su mente de hombre simple y trabajador rutinario, Roberto resolvió retirar los resultados de los exámenes efectuados durante la jornada anterior. Sin embargo, el análisis posterior de los mismos no arrojaba luz alguna respecto a su actual condición y todo malestar previo sólo se atribuyó al efecto clásico producido por el agotamiento laboral, pero, aunque los extraños síntomas que propiciaron su preocupación no se repitieron, todo su entorno cambió radicalmente desde tal instante.

En seguida, al reasumir el rumbo hacia su hogar, desde el despacho del médico que, después de revisar los exámenes y no encontrar la causa probable de sus males, sólo atinó a recomendarle un control médico más periódico, Roberto recordó con indudable nostalgia muchas de las situaciones vividas, junto a su primo Esteban, casi en los albores de su distante adolescencia..., cuando la vida era simple y los grandes e insolubles problemas no existían. Sin duda alguna que menoscabe nuestra imparcial apreciación, aquellos fueron muy buenos tiempos y su amigo más entrañable fue su primo Esteban.

En aquel nostálgico instante de cuasi retrospectivo análisis, una tras otra se sucedieron algunas de las diversas situaciones que ambos, como un frente común, enfrentaron casi como una entidad simbiótica. Sin duda, la verdadera amistad siempre construye los lazos más fuertes y casi indestructibles. No obstante, con el infatigable e inexorable transcurrir del tiempo, en muchas ocasiones hasta los mejores amigos son relegados hacia el distante e inalcanzable pasado. Una situación bastante cruel si la observamos en la distancia, pero tan real como nuestra propia e individual existencia. Un claro efecto de la evolución personal que, de una u otra forma, a todos nos afecta sin exclusión ni disculpa alguna.

Después de ingresar hasta su departamento de soltero, tratando de desligarse de la inquisitiva y desconfiada mirada que le propinó el conserje, de improviso y en forma incidental, observó de soslayo su imagen reflejada en un cristal decorativo y una extraña incertidumbre cruzó en forma fugaz por su mente.

—¡Qué extraño! —se dijo Roberto al recordar la difusa imagen observada—. Esto es muy extraño...

Acto seguido, para convencerse que no era la fatiga quien le jugaba una mala pasada en aquella ocasión, se dirigió directamente hacia el amplio espejo dispuesto en el cuarto de baño y observó con ansiedad la imagen reflejada en él.

—¿Qué está sucediendo conmigo? —preguntó en voz alta, como si dialogase directamente con su imagen—. ¡Es imposible que *ésta* sea mi imagen! —aseguró en seguida, con los brazos en jarra y sin disimular cierta dosis de pánico en sus palabras y semblante inmediatos.

No obstante, pese a la incredulidad que se manifestaba en su atribulado rostro, los gestos y ademanes efectuados por Roberto correspondían fielmente a los observados en el espejo, pero efectuados por la imagen de Esteban..., tal como el propio Roberto lo recordó minutos previos. Por lo tanto, en tales

condiciones, aceptar aquel cambio de realidad que se presentaba ante su vista sería admitir lo inadmisible. Sin duda, era necesario y urgente buscar una explicación racional para tan extraño conflicto de apariencias.

Acto seguido, luego de observar hasta el más ínfimo detalle en su nueva apariencia, procedió a ducharse con agua fría. Después, al concluir tal faena y sin observarse al espejo, se vistió con ropa algo más holgada y se recostó en un desteñido diván anatómico que disponía en su biblioteca casi atiborrada con libros de segunda mano y categoría. Sin duda, en aquel sitio meditaría respecto a los últimos sucesos observados.

Casi de un día a otro, Roberto se convirtió en un simple receptor, en empática y transparente gestación, que canalizaba los fuertes pensamientos, motivados e involucrados, de la descripción física y psíquica de algún semejante provocado por los anhelos de alguien físicamente cercano, para tranquilizar un ego disconforme de su propio y pretérito accionar.

Cerca de una hora más tarde, con la tranquilidad que un breve descanso y meditación implicaban, Roberto se dirigió hacia el cuarto de baño y se ubicó frente al espejo. La imagen desplegada en la superficie del espejo era la propia..., como sería de esperar. Sin duda, aquel constituía el inmediato efecto de la meditación y autoanálisis recién concluidos. Era el momento adecuado para pensar y concentrarse en otra persona y, segundo tras segundo, las características de aquella otra persona reemplazaban a las propias en su imagen y, por lógica correspondencia, en su propia apariencia exterior.

Acto seguido, al detenerse el sorprendente y rápido proceso de metamorfosis física, comenzaba la asimilación básica del intelecto, quizás como una sorprendente entidad virtual paralela coexistiendo con la suya propia, gracias a su alta sensibilidad de percepción empática.

En aquel instante, por vez primera observó toda su transformación externa y percibió como una personalidad invasora se ubicaba junto a la propia para la adecuada interpretación de los estímulos circunstanciales que propiciaron su extraña y momentánea mutación. Por lo tanto, de acuerdo al origen de su natural gestación, la réplica correspondía a los patrones recordados y no a los reales.

Sin duda alguna, desde un comienzo, para Roberto fue muy duro aceptar esta nueva habilidad, pero se vio obligado a doblegar sus propias creencias ante los irrefutables hechos y terminó por asumirlo como una realidad ineludible: su realidad. Desde entonces, aunque siempre permaneciera en condición alerta y sólo pensando en sí mismo, estaría a la merced y voluntad de caprichos y pensamientos ajenos.

¿Habrían muchos seres similares o él sería el único?

\* \* \* \* \*

De pronto, mientras Bárbara se disponía a cruzar hacia la calzada conducente a su hogar, un automóvil emergió desde la avenida principal.

Dentro del vehículo, su iracundo conductor miraba con desprecio a los escasos transeúntes que circulaban por las cercanías. Sin embargo, de pronto centró toda su atención sobre un individuo que transitaba por la calzada adjunta y reaccionó en forma inmediata ante tal situación.

—¡Al fin te encuentro, maldito malnacido! —balbuceó el agrio conductor, excretando toda la ira y resentimientos por años contenidos.

»¡Me las pagarás todas juntas! —vociferó a continuación, mientras aumentaba la presión que ejercía sobre el acelerador, dirigiéndose directamente hacia su ocasional, desprevenida e inocente víctima.

En aquel instante, demasiado tarde para reaccionar con rapidez y efectividad ante el sorpresivo ataque, Bárbara observó los cercanos y agresivos focos del automóvil que se abalanzaba sobre su persona, mientras su rostro poco a poco se desfiguraba y su apariencia exterior cambiaba para convertirse en el antiguo y desleal socio del enfurecido conductor de aquel destartado vehículo de alquiler de fabricación soviética.

Segundos más tarde, casi al mismo instante de expirar en forma definitiva, Roberto recuperó su real apariencia..., la misma que lo acompañó sin interrupciones hasta el infausto momento en que descubrió su empática habilidad de adaptarse exteriormente al entorno psíquico que lo rodeaba. No obstante, luego de un tenso e impredecible período de su existencia que nunca logró asimilar por completo, finalmente descansaba en paz..., por toda la eternidad.

**FIN**

Libros Tauro